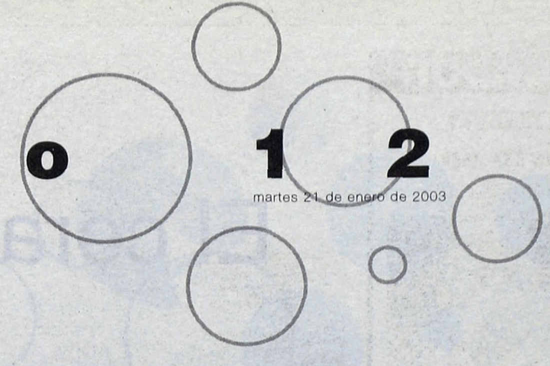


KURTZLANDIA

Por Rodrigo Fresán

El horror, el horror... Una pesadilla... Hay viajes que salen mal, salen espantosos y los vivimos como anestesiados por el injusto espanto de unas vacaciones que pueden durar una semana, quince días, un mes; pero que recordaremos como una de las más portentosas formas del infierno por toda una eternidad. Y hay de esos llamados "viajes de negocios" que resultan todavía peores, mucho peores.

Tal es el caso de la perfecta *nouvelle* de Joseph Conrad –Jozef Teodor Konrad Korzeniowski (Polonia, 1857 - Inglaterra, 1924)– titulada *El corazón en las tinieblas* (1902) escrita a partir de "una experiencia personal un poco alejada (y diré que muy poco) de los hechos reales". Ya saben: Kurtz que enloquece y agoniza, Marlowe que va y viene y cuenta, el espeso río Congo como una serpiente oscura y venenosa ("un río con aliento de hipopótamo podrido... remontar aquel río era regresar a los más tempranos orígenes del mundo") que obliga al narrador a pensar, resignado, que "estaba escrito que yo debería ser leal a la pesadilla de mi elección". De eso trata la *nouvelle* de Conrad: de la elección de las pesadillas en los albores de un nuevo siglo que propondría muchas pesadillas para elegir en la figura de varios Homo Kurtz –síntoma que abarca a los obvios Hitler o Jim Jones o Stalin o Charles Manson; pero también roza las figuras de, por ejemplo, Oppenheimer, Walt Disney, Kurt Cobain y Hannibal Lecter– iluminados y enloquecidos por la potencia encandilante de sus visiones. Porque de lo que en realidad trata *El corazón de las tinieblas* es de la delgada línea que separa a la civilización de la barbarie. Conrad –hoy a más de uno le parecerá políticamente incorrecto– eligió Africa como escenario y cumplió su promesa: "Fue en 1868 cuando, más o menos a los nueve años de edad, yo estudié un mapa de Africa y puse mi dedo sobre ese espacio vacío que representaba el misterio irresuelto de ese continente. Entonces me dije con una seguridad absoluta y una asombrosa audacia que mi carácter ya no posee: 'Cuando crezca iré allí'. Y por supuesto que no volví a pensar en ello hasta algo así como un cuarto de siglo después, cuando se me presentó la oportunidad de ir allí; como si el pecado de mi audacia infantil volviera a visitar mi mente madura. Sí. Yo fui allí, siendo allí la región de Stanley Falls que para 1868 era el más vacío de todos los espacios vacíos sobre la superficie de este planeta", recordó en *A Personal Record* (1912). Después, con los años, Coppola tradujo a Kurtz a la Guerra de Vietnam. Hoy, dicen, se esconde en una cueva de Afganistán. Y es que el eterno mal viaje a Kurtzlandia no conoce de mapas ni fronteras. Hoy aquí y mañana –el horror, el horror– en cualquier otra parte, lejos e, incluso, como canta un argentino, yendo de la cama al living.

El corazón de las tinieblas

Por Joseph Conrad

En pocos días la Expedición de Eldorado se adentró en la paciente selva, que se cerró sobre ella como el mar se cierra sobre un buzo. Mucho después llegó la noticia de que todos los burros habían muerto. No sé nada acerca de la suerte que corrieron los animales menos valiosos. Sin duda, ellos,como el resto de nosotros, encontraron lo que se merecían. No investigué. Estaba en aquel momento bastante excitado con la perspectiva de conocer a Kurtz muy pronto. Cuando digo "muy pronto", lo digo en sentido relativo: cuando llegamos a la orilla bajo la estación de Kurtz habían transcurrido exactamente dos meses desde el día en que dejamos la ensenada.

Remontar aquel río era regresar a los más tempranos orígenes del mundo, cuando la vegetación se agolpaba sobre la tierra y los grandes árboles eran los reyes. Un arroyo seco, un gran silencio, un bosque impenetrable. El aire era cálido, espeso, pesado, perezoso. No había júbilo alguno en la brillantez de la luz del sol. Los largos tramos del canal fluían desiertos hacia las distancias en penumbra. En los plateados bancos de arena, los hipopótamos y los caimanes tomaban juntos el sol. Las aguas al ensancharse fluían entre una multitud de islas arboladas; se podía uno perder en aquel río tan fácilmente como en un desierto y tropezarse durante todo el día con bancos de arena, tratando de dar con el canal, hasta que se creía uno hechizado y aislado para siempre de todo lo que se había conocido antes –en algún lugar, muy lejos– en otra existencia, tal vez. Había momentos en que tu pasado volvía a ti, como ocurre a veces, cuando no tienes ni un momento de más para ti mismo; pero se presentaba en la forma de un sueño intranquilo y ruidoso, recordado con asombro entre las sobrecogedoras realidades de ese extraño mundo de plantas, agua y silencio. Y esta quietud de vida no se parecía en lo más mínimo a la paz. Era la quietud de una fuerza implacable que medita melancólicamente sobre una intención inescrutable. Miraba con aspecto vengativo. Más tarde me acostumbré a ella; ya no la veía, no tenía tiempo. Tenía que seguir adivinando el canal; tenía que distinguir, más que nada por inspiración, los indicios de bancos ocultos; me mantenía alerta por las posibles piedras hundidas; estaba aprendiendo a apretar de golpe los dientes antes de que mi corazón se escapara, cuando por chiripa pasaba rozando algún infernal y viejo obstáculo disimulado que habría arrancado la vida al vapor de hojalata y ahogado a todos los peregrinos; yo tenía que estar alerta a los indicios de madera seca que podíamos cortar durante la noche para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando hay que prestar atención a cosas de ese tipo, a los meros incidentes de la superficie, la realidad –la realidad, os digo– se desvanece. La verdad interior está escondida; afortunadamente, afortunadamente. Pero yo la sentía a pesar de todo; sentía a menudo su misteriosa quietud observándome en mis travesuras, igual que os mira a vosotros, compañeros, actuando sobre vuestras respectivas cuerdas flojas por –¿cuánto es?– media corona la voltereta.



–Trata de ser educado, Marlow –refunfuñó una voz, y supe que al menos había un oyente despierto junto a mí.

–Le ruego me perdone, olvidé la angustia que va incluida en el precio, y, en realidad, ¿qué importa el precio si la actuación es buena? Vosotros hacéis vuestros números muy bien. Y yo tampoco los hacía mal, puesto que me las arreglé para no hundir ese vapor en mi primer viaje. Todavía me asombra. Imaginaos a un hombre con los ojos vendados que se pone a conducir una furgoneta por una mala carretera. Aquel asunto me hizo sudar y temblar considerablemente, os lo puedo asegurar. Después de todo, para un hombre de mar arañar el fondo del objeto que debe flotar todo el tiempo que está bajo su cuidado es el pecado imperdonable. Puede que nadie lo sepa, pero el golpazo nunca se olvida, ¿eh? Es un golpe en el mismísimo corazón. Lo recuerdas, sueñas con él, te despiertas a media noche y piensas en él –años más tarde– y sientes sudores y escalofríos por todo el cuerpo. No pretendo decir que aquel vapor flotara todo el tiempo. Más de una vez tuvo que vadear durante un rato, con veinte caníbales chapoteando alrededor y empujando. Habíamos enrolado varios de esos hombres a modo de tripulación. Buenos hombres –caníbales– en su lugar. Eran hombres con los que se podía trabajar y les estoy agradecido; y después de todo no se devoraban unos a otros en mi presencia: habían traído consigo una provisión de carne de hipopótamo que se pudrió e hizo que el misterio de la selva hediera en mis narices. ¡Puf! Todavía puedo olerlo. Llevaba a bordo al director y a tres o cuatro peregrinos con sus cayados, todo completo. A veces nos tropezábamos con una estación cercana a la orilla, pegada a las faldas de lo desconocido, y los hombres blancos, que salían a toda prisa de una cabaña destartalada, con grandes gestos de alegría, sorpresa y bienvenida, parecían muy extraños: daba la impresión de que un hechizo los tenía cautivos allí. La palabra marfil resonaba durante un rato en el aire y luego volvíamos al silencio, a lo largo de extensiones vacías, doblando los mansos recodos, entre los altos muros de nuestra sinuosa ruta, mientras el pesado golpe del timón reverberaba en huecos palmoteos. Arboles, árboles, millones de árboles, masivos, inmensos, que trepaban hacia lo alto; y a sus pies, apretujando la orilla contra la corriente, se arrastraba el pequeño vapor tiznado, como lo hace un perezoso escarabajo por el suelo de un grandioso pórtico. Le hacía sentir a uno muy pequeño, muy perdido. Y, sin embargo, ese sentimiento no era del todo deprimente. Después de todo, aunque fueras pequeño, el mugriento escarabajo seguía arrastrándose, que era exactamente lo que se pretendía que hiciera. Hacia dónde se imaginaban los peregrinos que se deslizaba, eso ya no lo sé. Apuesto a que hacia algún lugar donde esperaban obtener algo... Para mí, reptaba hacia Kurtz, exclusivamente; pero cuando las tuberías del vapor comenzaron a tener fugas, nos deslizamos muy lentamente. Las extensiones de agua se abrían ante nosotros y se cerraban a nuestra espalda como si el bosque se hubiera adentrado tranquilamente en el agua para obstruir nuestro camino de regreso. Penetramos más y más en el corazón de la oscuridad. Reinaba un gran silencio allí. A veces, por la noche, el redoble de los tambores, detrás de la cortina de árboles, remontaba el río y permanecía ininterrumpido, pero débil, como flotando en el aire, en lo alto, por encima de nuestras cabezas, hasta el alba. Si aquello significaba guerra, paz u oración, es algo que no hubiéramos podido decir. Las auroras eran anunciadas por el descanso de una fría quietud; los leñadores dormían, sus fuegos ardían débilmente; el chasquido de una ramita le habría sobresaltado a uno. Eramos vagabundos en tierra prehistórica, en una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Podíamos haber soñado que éramos los primeros hombres que tomaban posesión de una herencia maldita que debía ser sometida al precio de una profunda angustia y de enorme esfuerzo. Pero de pronto, cuando luchábamos por doblar un recodo, vislumbrábamos momentáneamente unas paredes de juncos, unos techos de hierba puntiagudos, un estallido de alaridos, un revuelo de extremidades negras, una masa de manos dando palmadas, de pies pateando, de cuerpos tambaleándose, de ojos girando bajo la inclinación del pesado e inmóvil follaje. El vapor avanzaba penosa y lentamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. El hombre prehistórico nos estaba maldiciendo, suplicando, dándonos la bienvenida, ¿cómo saberlo? Estábamos aislados de la comprensión de todo aquello que nos rodeaba, pasábamos deslizándonos como fantasmas, asombrados y secretamente aterrados, como lo estarían hombres cuerdos ante un brote de entusiasmo en un manicomio. No podíamos comprender porque estábamos demasiado lejos, y no podíamos recordar porque estábamos viajando en la noche de los primeros tiempos, de aquellos tiempos que se han ido, dejando apenas una señal y ningún recuerdo.

La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal, y los hombres eran... No, no eran inhumanos. Bueno, sabéis, eso era lo peor de todo: esa sospecha de que no fueran inhumanos. Brotaba en uno lentamente. Aullaban y brincaban y daban vueltas y hacían muecas horribles; pero lo que estremecía era pensar en su humanidad –como la de uno mismo–, pensar en el remoto parentesco de uno con ese salvaje y apasionado alboroto. Desagradable. Sí, era francamente desagradable; pero si uno fuera lo bastante hombre, reconocería que había en su interior una ligerí-

El corazón de las tinieblas



Por Joseph Conrad

En pocos días la Expedición de Eldorado se adentró en la paciente selva, que se cerró sobre ella como el mar se cierra sobre un buzo. Mucho después llegó la noticia de que todos los burros habían muerto. No sé nada acerca de la suerte que corrieron los animales menos valiosos. Sin duda, ellos,como el resto de nosotros, encontraron lo que se merecían. No investigué. Estaba en aquel momento bastante excitado con la perspectiva de conocer a Kurtz muy pronto. Cuando digo "muy pronto", lo digo en sentido relativo: cuando llegamos a la orilla bajo la estación de Kurtz habían transcurrido exactamente dos meses desde el día en *que dejamos la ensenada.*

Remontar aquel río era regresar a los más tempranos orígenes del mundo, cuando la vegetación se agolpaba sobre la tierra y los grandes árboles eran los reyes. Un arroyo seco, un gran silencio, un bosque impenetrable. El aire era cálido, espeso, pesado, perezoso. No había júbilo alguno en la brillantez de la luz del sol. Los largos tramos del canal fluían desiertos hacia las distancias en penumbra. En los plateados bancos de arena, los hipopótamos y los caimanes tomaban juntos el sol. Las aguas al ensancharse fluían entre una multitud de islas arboladas; se podía uno perder en aquel río tan fácilmente como en un desierto y tropezarse durante todo el día con bancos de arena, tratando de dar con el canal, hasta que se creía uno hechizado *y aislado para siempre de todo lo* que se había conocido antes –en algún lugar, muy lejos– en otra existencia, tal vez. Había momentos en que tu pasado volvía a ti, como ocurre a veces, cuando no tienes ni un momento de más para ti mismo; pero se presentaba en la forma de un sueño intranquilo y ruidoso, recordado con asombro entre las sobrecogedoras realidades de ese extraño mundo de plantas, agua y silencio. Y esta quietud de vida no se parecía en lo más mínimo a la paz. Era la quietud de una fuerza implacable que medita melancólicamente sobre una intención inescrutable. Miraba con aspecto vengativo. Más tarde me acostumbré a ella; ya no la veía, no tenía tiempo. Tenía que seguir adivinando el canal; tenía *que distinguir, más que nada por inspira*ción, los indicios de bancos ocultos; me mantenía alerta por las posibles piedras hundidas; estaba aprendiendo a apretar de golpe los dientes antes de que mi corazón se escapara, cuando por chiripa pasaba rozando algún infernal y viejo obstáculo disimulado que habría arrancado la vida al vapor de hojalata y ahogado a todos los peregrinos; yo tenía que estar alerta a los indicios de madera seca que podíamos cortar durante la noche para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando hay que prestar atención a cosas de ese tipo, a los meros incidentes de la superficie, la realidad –la realidad, os digo– se desvanece. La verdad interior está escondida; afortunadamente, afortunadamente. Pero yo la *sentía* a pesar de todo; *sentía* a menudo su misteriosa quietud observándome en mis travesuras, igual que os mira a vosotros, compañeros, actuando sobre vuestras respectivas cuerdas flojas por –¿cuánto es?– media corona la voltereta.

–Trata de ser educado, Marlow –refunfuñó una voz, y supe que al menos había un oyente despierto junto a mí.

–Le ruego me perdone, olvidé la angustia que va incluida en el precio, y, en realidad, ¿qué importa el precio si la actuación es buena? Vosotros hacéis vuestros números muy bien. Y yo tampoco los hacía mal, puesto que me las arreglé para no hundir ese vapor en mi primer viaje. Todavía me asombra. Imaginaos a un hombre con los ojos vendados que se pone a conducir una furgoneta por una mala carretera. Aquel asunto me hizo sudar y temblar considerablemente, os lo puedo asegurar. Después de todo, para un hombre de mar arañar el fondo del objeto que debe flotar todo el tiempo que está bajo su cuidado es el pecado imperdonable. Puede que nadie lo sepa, pero el golpazo nunca se olvida, ¿eh? Es un golpe en el mismísimo corazón. *Lo recuerdas, sueñas con él, te des*piertas a media noche y piensas en él –años más tarde– y sientes sudores y escalofríos *por todo el cuerpo.* No pretendo decir que aquel vapor flotara todo el tiempo. Más de una vez tuvo que vadear durante un rato, con veinte caníbales chapoteando alrededor y empujando. Habíamos enrolado varios de esos hombres a modo de tripulación. Buenos hombres –caníbales– en su lugar. Eran hombres con los que se podía trabajar y les estoy agradecido; y después de todo no se devoraban unos a otros en mi presencia: habían traído consigo una provisión de carne de hipopótamo que se pudrió e hizo que el misterio de la selva hediera en mis narices. ¡Puf! Todavía puedo olerlo. Llevaba a bordo al di*rector y a tres o cuatro peregrinos con sus* cayados, todo completo. A veces nos tropezábamos con una estación cercana a la orilla, pegada a las faldas de lo desconocido, y los hombres blancos, que salían a toda prisa de una cabaña destartalada, con grandes gestos de alegría, sorpresa y bienvenida, parecían muy extraños: daba la impresión de que un hechizo los tenía cautivos allí. La palabra marfil resonaba durante un rato en el aire y luego volvíamos al silencio, a lo largo de extensiones vacías, doblando los mansos recodos, entre los altos muros de nuestra sinuosa ruta, mientras el pesado golpe del timón reverberaba en huecos palmoteos. Arboles, árboles, millones de árboles, masivos, inmensos, que trepaban hacia lo alto; y a sus pies, *apretujando la orilla contra la corriente,* se arrastraba el pequeño vapor tiznado, como lo hace un perezoso escarabajo por el suelo de un grandioso pórtico. Le hacía sentir a uno muy pequeño, muy perdido. Y, sin embargo, ese sentimiento no era del todo deprimente. Después de todo, aunque fueras pequeño, el mugriento escarabajo seguía arrastrándose, que era exactamente lo que se pretendía que hiciera. Hacia dónde se imaginaban los peregrinos que se deslizaba, eso ya no lo sé. Apuesto a que hacia algún lugar donde esperaban obtener algo... Para mí, reptaba hacia Kurtz, exclusivamente; pero cuando las tuberías del vapor *comenzaron* a tener fugas, nos deslizamos muy lentamente. Las extensiones de agua se abrían ante nosotros y se cerraban a nuestra espalda como si el bosque se hubiera adentrado tranquilamente en el agua para obstruir nuestro camino de regreso. Penetramos más y más en el corazón de la oscuridad. Reinaba un gran silencio allí. A veces, por la noche, el redoble de los tambores, detrás de la cortina de árboles, remontaba el río y permanecía ininterrumpido, pero débil, como flotando en el aire, en lo alto, por encima de nuestras cabezas, hasta el alba. Si aquello significaba guerra, paz u oración, es algo que no hubiéramos podido decir. *Las auroras eran anuncia*das por el descanso de una fría quietud; los leñadores dormían, sus fuegos ardían débilmente; el chasquido de una ramita le habría sobresaltado a uno. Eramos vagabundos en tierra prehistórica, en una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Podíamos haber soñado que éramos los primeros hombres que tomaban posesión de una herencia maldita que debía ser sometida al precio de una profunda angustia y de enorme esfuerzo. Pero de pronto, cuando luchábamos por doblar un recodo, vislumbrábamos momentáneamente unas paredes de juncos, unos techos de hierba puntiagudos, un estallido de alaridos, un revuelo de extremidades negras, una masa de manos dando palmadas, *de pies pateando, de cuerpos tambaleándose,* de ojos girando bajo la inclinación del pesado e inmóvil follaje. El vapor avanzaba penosa y lentamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. El hombre prehistórico nos estaba maldiciendo, suplicando, dándonos la bienvenida, ¿cómo saberlo? Estábamos aislados de la comprensión de todo aquello que nos rodeaba, pasábamos deslizándonos como fantasmas, asombrados y secretamente aterrados, como lo estarían hombres cuerdos ante un brote de entusiasmo en un manicomio. No podíamos comprender porque estábamos demasiado lejos, y no podíamos recordar porque estábamos viajando en la noche de los primeros tiempos, de aquellos tiempos que se han ido, dejando *apenas una señal y* ningún recuerdo.

La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal, y los hombres eran... No, no eran inhumanos. Bueno, sabéis, eso era lo peor de todo: esa sospecha de que no fueran inhumanos. Brotaba en uno lentamente. Aullaban y brincaban y daban vueltas y hacían muecas horribles; pero lo que estremecía era pensar en su humanidad –como la de uno mismo–, pensar en el remoto parentesco de uno con ese salvaje y apasionado alboroto. Desagradable. *Sí, era francamente* desagradable; pero si uno fuera lo bastante hombre, reconocería que había en su interior una ligerísima señal de respuesta a la terrible franqueza de aquel ruido, una oscura sospecha de que había en ello un significado que uno –tan alejado de la noche de los primeros tiempos– podía comprender. ¿Y por qué no? La mente del hombre es capaz de cualquier cosa, porque está todo en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Júbilo, temor, pesar, devoción, valor, ira –¿cómo saberlo?–, pero había una verdad, la verdad despojada de su manto del tiempo. Que el necio se asombre y se estremezca; el hombre sabe *y puede mirar sin parpadear.* Pero por lo menos debe ser tan hombre como esos de la costa. Debe hacer frente a esa verdad con su propia verdad, con su propia fuerza innata; los principios no sirven. Adquisiciones, ropas, bonitos harapos (que se irían volando a la primera sacudida). No; se necesita una creencia deliberada. ¿Qué hay en ese diabólico alboroto algo que me llama? Pues muy bien; lo oigo, lo reconozco; pero yo también tengo una voz, y, para bien o para mal, la mía es un habla que no se puede acallar. Desde luego, un necio, aunque esté muy asustado y lleno de buenos sentimientos, está siempre a salvo. ¿Quién es el que gruñe? ¿Os asombráis de que no desembarcara para aullar y danzar? Bueno, pues no, no desembarqué. *¿Nobles sentimientos decís?* ¡Al diablo los nobles sentimientos! No tuve tiempo. Tuve que perderlo con el albayalde y las tiras de manta de lana, ayudando a vendar los escapes de esas tuberías, os digo. Tenía que estar atento al timón, esquivar aquellos troncos y conseguir que ese bote de hojalata marchara por las buenas o por las malas. Había en la superficie de aquellas cosas suficiente verdad como para salvar a un hombre más sabio que yo. Y de cuando en cuando tenía que ocuparme del salvaje que trabajaba de fogonero. Era un ejemplar perfeccionado; podía encender una caldera vertical. Estaba allí, debajo de *mí, y,* palabra *de honor, mirarle* resultaba tan edificante, como ver a un perro haciendo una parodia con calzones y sombrero de plumas caminando sobre sus patas traseras. Unos cuantos meses de preparación habían sido suficientes para aquel muchacho realmente estupendo. Escudriñaba el manómetro de vapor y el indicador de nivel de agua con un evidente esfuerzo de intrepidez; además tenía dientes limados, el pobre diablo; la lana de su cabeza, afeitada en una forma muy extraña y tres cicatrices ornamentales en cada una de sus mejillas. Hubiera debido estar dando palmas y brincos en la orilla, en lugar de lo cual se esforzaba en su trabajo, presa de un extraño maleficio, lleno de un conocimiento provechoso. Era útil porque había sido instruido y lo que sabía era esto: que cuando el agua desapareciera de aquella cosa transparente, el espíritu maligno que se hallaba dentro de la caldera se pondría furioso por causa de la enormidad de su sed, y se tomaría una terrible venganza. Y así, sudaba, encendía y miraba el cristal temerosamente (con un amuleto improvisado, hecho con trapos, atado a su brazo, y un trozo de hueso pulimentado del tamaño de un reloj, que le atravesaba horizontalmente el labio inferior), mientras las orillas cubiertas de árboles pasaban deslizándose lentamente ante nosotros, el ruidito quedaba atrás, interminables millas de silencio se sucedían, y nosotros seguíamos arrastrándonos hacia Kurtz. Pero los troncos eran gruesos, el agua traicionera y poco profunda, la caldera parecía realmente albergar un demonio hostil en su seno, y por eso ni el fogonero ni yo teníamos un solo momento para asomarnos a nuestros horripilantes pensamientos.

Unas cincuenta millas más abajo de la Estación Interior nos topamos con una cabaña hecha de caña, un mástil torcido y melancólico con los irreconocibles jirones de lo que había sido una bandera de alguna clase que había ondeado desde él, y una pila de leña hacinada. Aquello era algo inesperado. Llegamos *a la orilla, y sobre el montón* de leña encontramos una tablilla con algo borroso escrito a lápiz. Cuando quedó descifrado, vimos que decía: "Leña para ustedes. Apresúrense. Acérquense con precaución." Había una firma, pero era ilegible. No ponía Kurtz, sino una palabra mucho más larga. Apresúrense. ¿Hacia dónde? ¿Río arriba? "Acérquense con precaución." No lo habíamos hecho así. Pero la advertencia no podía estar pensada para un lugar al que había que acercarse para encontrarlo. Algo iba mal más arriba. Pero ¿qué, y en qué grado?, ésa era la cuestión. Hicimos algunos comentarios adversos a la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. La maleza de alrededor no decía nada, y tampoco nos permitía mirar muy a lo lejos. Una desgarrada cortina de sarga roja colgaba a la entrada de la cabaña y aleteaba angustiosamente en nuestros rostros. La vivienda estaba desmantelada, pero se podía ver que no hacía mucho había vivido allí un hombre blanco. Quedaba una tosca mesa: un tablón sobre dos postes; en un rincón oscuro reposaba un montón de basura, y junto a la puerta yo cogí un libro. Había perdido las tapas y las páginas habían sido manoseadas hasta quedar extremadamente blandas y sucias; pero el lomo había sido amorosamente cosido de nuevo, con hilo de algodón blanco que todavía conservaba un aspecto *limpio. Era un hallazgo extraordinario. Se ti*tulaba "Investigación acerca de algunos aspectos de la náutica", y su autor era un tal Tower, Towson –o un nombre por el estilo–, capitán mercante de la marina de Su Majestad. La materia parecía bastante aburrida, con sus diagramas ilustrativos y sus repulsivos cuadros de cifras. El ejemplar tenía sesenta años. Tomé en mis manos esa impresionante antigualla con la mayor ternura posible, no fuera a ser que se desintegrara entre mis dedos. En su interior, Towson o Tower investigaba seriamente la resistencia de tensión de la cadena y de los aparejos de los barcos y cuestiones similares. No era un li*bro muy apasionante, pero a primera vista se* podía ver una dedicación, una honrada preocupación por la manera correcta de ponerse a trabajar, lo que daba a estas humildes páginas, pensadas años atrás, una luminosidad superior a la meramente profesional. El sencillo y viejo marino, con su charla de cadenas y asideros, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos con una deliciosa sensación de haber ido a dar con algo inequívocamente real. Que existiera un libro semejante era de por sí bastante asombroso; pero aún más sorprendente eran las notas a lápiz en el margen y que claramente se referían al texto. ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¡Estaban en lenguaje cifrado! Sí, parecían estar en clave. Imaginaos a un hombre arrastrando consigo un libro como el descrito hacia este lugar perdido, estudiándolo y haciendo anotaciones ¡y en lenguaje cifrado! Era un misterio extravagante.

Durante un rato había sido vagamente consciente de un ruido fastidioso, y cuando levanté la mirada vi que la pila de leña había desaparecido y que el director, ayudado por todos los peregrinos, me estaba gritando desde la orilla del río. Me metí el libro en el bolsillo. Os aseguro que abandonar su lectura fue como arrancarme del cobijo de una vieja y sólida amistad.

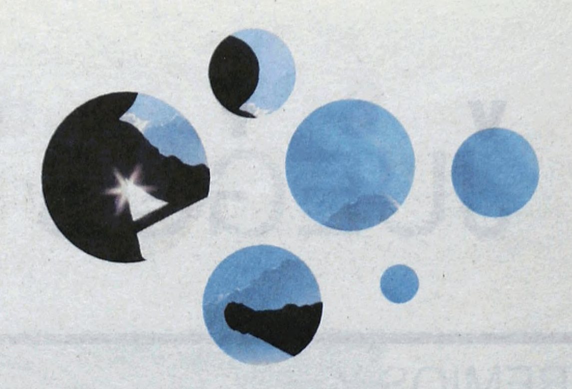
Puse el renqueante motor en marcha. "Debe de ser ese *miserable comerciante,* ese intruso", exclamó el director mirando malévolamente hacia el lugar que habíamos dejado atrás. "Debe de ser inglés", dije yo. "Eso no le evitará meterse en líos si no tiene cuidado", musitó el director sombríamente. Comenté con fingida inocencia que en este mundo ningún hombre era inmune a las dificultades.

La corriente era ahora más rápida. El vapor parecía estar a punto de exhalar el último suspiro; la rueda de popa golpeaba lánguidamente, y yo me sorprendí a mí mismo escuchando con suma expectación cada nuevo latido del barco, porque, a decir verdad, esperaba que aquel calamitoso trasto se diera por vencido en cualquier momento. Era como *observar los últimos coletazos* de una vida. Pero seguíamos arrastrándonos. De vez en cuando elegía un árbol situado un poco más adelante por el que medir nuestro avance hacia Kurtz, pero invariablemente lo perdía antes de pasar por su lado. Mantener la vista fija durante tanto tiempo sobre una misma cosa era demasiado para la paciencia humana. El director mostraba una magnífica resignación. Yo me impacientaba y me encolerizaba y empecé a discutir consigo mismo si iba o no a hablar abiertamente con Kurtz; pero antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión me vino a la mente que el que hablara o me callara, en realidad cualquiera de mis ac*ciones, sería absolutamente fútil.* ¿Qué importaba lo que uno supiera o ignorara? ¿Qué importaba quién fuera director? A veces tiene uno esos atisbos de penetración. La esencia de este mundo yacía bastante por debajo de su superficie, más allá de mi alcance, y más allá de mi poder de intromisión. ●

Se reproduce por gentileza de editorial Alianza.







sima señal de respuesta a la terrible franqueza de aquel ruido, una oscura sospecha de que había en ello un significado que uno –tan alejado de la noche de los primeros tiempos– podía comprender. ¿Y por qué no? La mente del hombre es capaz de cualquier cosa, porque está todo en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Júbilo, temor, pesar, devoción, valor, ira –¿cómo saberlo?–, pero había una verdad, la verdad despojada de su manto del tiempo. Que el necio se asombre y se estremezca; el hombre sabe y puede mirar sin parpadear. Pero por lo menos debe ser tan hombre como esos de la costa. Debe hacer frente a esa verdad con su propia verdad, con su propia fuerza innata; los principios no sirven. Adquisiciones, ropas, bonitos harapos (que se irían volando a la primera sacudida). No; se necesita una creencia deliberada. ¿Qué hay en ese diabólico alboroto algo que me llama? Pues muy bien; lo oigo, lo reconozco; pero yo también tengo una voz, y, para bien o para mal, la mía es un habla que no se puede acallar. Desde luego, un necio, aunque esté muy asustado y lleno de buenos sentimientos, está siempre a salvo. ¿Quién es el que gruñe? ¿Os asombráis de que no desembarcara para aullar y danzar? Bueno, pues no, no desembarqué. ¿Nobles sentimientos decís? ¡Al diablo los nobles sentimientos! No tuve tiempo. Tuve que perderlo con el albayalde y las tiras de manta de lana, ayudando a vendar los escapes de esas tuberías, os digo. Tenía que estar atento al timón, esquivar aquellos troncos y conseguir que ese bote de hojalata marchara por las buenas o por las malas. Había en la superficie de aquellas cosas suficiente verdad como para salvar a un hombre más sabio que yo. Y de cuando en cuando tenía que ocuparme del salvaje que trabajaba de fogonero. Era un ejemplar perfeccionado; podía encender una caldera vertical. Estaba allí, debajo de mí, y, palabra de honor, mirarle resultaba tan edificante, como ver a un perro haciendo una parodia con calzones y sombrero de plumas caminando sobre sus patas traseras. Unos cuantos meses de preparación habían sido suficientes para aquel muchacho realmente estupendo. Escudriñaba el manómetro de vapor y el indicador de nivel de agua con un evidente esfuerzo de intrepidez; además tenía dientes limados, el pobre diablo; la lana de su cabeza, afeitada en una forma muy extraña y tres cicatrices ornamentales en cada una de sus mejillas. Hubiera debido estar dando palmas y brincos en la orilla, en lugar de lo cual se esforzaba en su trabajo, presa de un extraño maleficio, lleno de un conocimiento provechoso. Era útil porque había sido instruido y lo que sabía era esto: que cuando el agua desapareciera de aquella cosa transparente, el espíritu maligno que se hallaba dentro de la caldera se pondría furioso por causa de la enormidad de su sed, y se tomaría una terrible venganza. Y así, sudaba, encendía y miraba el cristal temerosamente (con un amuleto improvisado, hecho con trapos, atado a su brazo, y un trozo de hueso pulimentado del tamaño de un reloj, que le atravesaba horizontalmente el labio inferior), mientras las orillas cubiertas de árboles pasaban deslizándose lentamente ante nosotros, el ruidito quedaba atrás, interminables millas de silencio se sucedían, y nosotros seguíamos arrastrándonos hacia Kurtz. Pero los troncos eran gruesos, el agua traicionera y poco profunda, la caldera parecía realmente albergar un demonio hostil en su seno, y por eso ni el fogonero ni yo teníamos un solo momento para asomarnos a nuestros horripilantes pensamientos.

Unas cincuenta millas más abajo de la Estación Interior nos topamos con una cabaña hecha de caña, un mástil torcido y melancólico con los irreconocibles jirones de lo que había sido una bandera de alguna clase que había ondeado desde él, y una pila de leña hacinada. Aquello era algo inesperado. Llegamos a la orilla, y sobre el montón de leña encontramos una tablilla con algo borroso escrito a lápiz. Cuando quedó descifrado, vimos que decía: "Leña para ustedes. Apresúrense. Acérquense con precaución." Había una firma, pero era ilegible. No ponía Kurtz, sino una palabra mucho más larga. Apresúrense. ¿Hacia dónde? ¿Río arriba? "Acérquense con precaución." No lo habíamos hecho así. Pero la advertencia no podía estar pensada para un lugar al que había que acercarse para encontrarlo. Algo iba mal más arriba. Pero ¿qué, y en qué grado?, ésa era la cuestión. Hicimos algunos comentarios adversos a la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. La maleza de alrededor no decía nada, y tampoco nos permitía mirar muy a lo lejos. Una desgarrada cortina de sarga roja colgaba a la entrada de la cabaña y aleteaba angustiosamente en nuestros rostros. La vivienda estaba desmantelada, pero se podía ver que no hacía mucho había vivido allí un hombre blanco. Quedaba una tosca mesa: un tablón sobre dos postes; en un rincón oscuro reposaba un montón de basura, y junto a la puerta yo cogí un libro. Había perdido las tapas y las páginas habían sido manoseadas hasta quedar extremadamente blandas y sucias; pero el lomo había sido amorosamente cosido de nuevo, con hilo de algodón blanco que todavía conservaba un aspecto limpio. Era un hallazgo extraordinario. Se titulaba "Investigación acerca de algunos aspectos de la náutica", y su autor era un tal Tower, Towson –o un nombre por el estilo–, capitán mercante de la marina de Su Majestad. La materia parecía bastante aburrida, con sus diagramas ilustrativos y sus repulsivos cuadros de cifras. El ejemplar tenía sesenta años. Tomé en mis manos esa impresionante antigualla con la mayor ternura posible, no fuera a ser que se desintegrara entre mis dedos. En su interior, Towson o Tower investigaba seriamente la resistencia de tensión de la cadena y de los aparejos de los barcos y cuestiones similares. No era un libro muy apasionante, pero a primera vista se podía ver una dedicación, una honrada preocupación por la manera correcta de ponerse a trabajar, lo que daba a estas humildes páginas, pensadas años atrás, una luminosidad superior a la meramente profesional. El sencillo y viejo marino, con su charla de cadenas y asideros, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos con una deliciosa sensación de haber ido a dar con algo inequívocamente real. Que existiera un libro semejante era de por sí bastante asombroso; pero aún más sorprendente eran las notas a lápiz en el margen y que claramente se referían al texto. ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¡Estaban en lenguaje cifrado! Sí, parecían estar en clave. Imaginaos a un hombre arrastrando consigo un libro como el descrito hacia este lugar perdido, estudiándolo y haciendo anotaciones ¡y en lenguaje cifrado! Era un misterio extravagante.

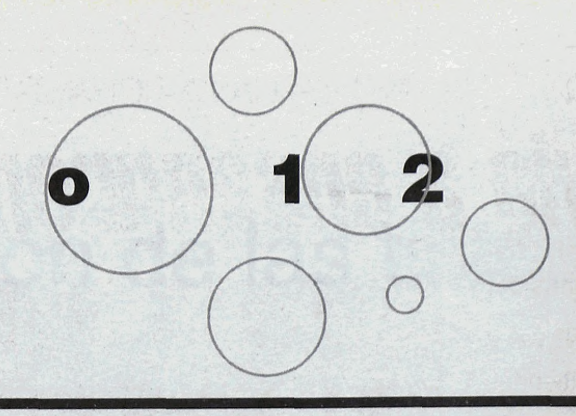
Durante un rato había sido vagamente consciente de un ruido fastidioso, y cuando levanté la mirada vi que la pila de leña había desaparecido y que el director, ayudado por todos los peregrinos, me estaba gritando desde la orilla del río. Me metí el libro en el bolsillo. Os aseguro que abandonar su lectura fue como arrancarme del cobijo de una vieja y sólida amistad.

Puse el renqueante motor en marcha. "Debe de ser ese miserable comerciante, ese intruso", exclamó el director mirando malévolamente hacia el lugar que habíamos dejado atrás. "Debe de ser inglés", dije yo. "Eso no le evitará meterse en líos si no tiene cuidado", musitó el director sombríamente. Comenté con fingida inocencia que en este mundo ningún hombre era inmune a las dificultades.

La corriente era ahora más rápida. El vapor parecía estar a punto de exhalar el último suspiro; la rueda de popa golpeaba lánguidamente, y yo me sorprendí a mí mismo escuchando con suma expectación cada nuevo latido del barco, porque, a decir verdad, esperaba que aquel calamitoso trasto se diera por vencido en cualquier momento. Era como observar los últimos coletazos de una vida. Pero seguíamos arrastrándonos. De vez en cuando elegía un árbol situado un poco más adelante por el que medir nuestro avance hacia Kurtz, pero invariablemente lo perdía antes de pasar por su lado. Mantener la vista fija durante tanto tiempo sobre una misma cosa era demasiado para la paciencia humana. El director mostraba una magnífica resignación. Yo me impacientaba y me encolerizaba y empecé a discutir consigo mismo si iba o no a hablar abiertamente con Kurtz; pero antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión me vino a la mente que el que hablara o me callara, en realidad cualquiera de mis acciones, sería absolutamente fútil. ¿Qué importaba lo que uno supiera o ignorara? ¿Qué importaba quién fuera director? A veces tiene uno esos atisbos de penetración. La esencia de este mundo yacía bastante por debajo de su superficie, más allá de mi alcance, y más allá de mi poder de intromisión. ●

Se reproduce por gentileza de editorial Alianza.





verano 12

JUEGOS

PREMIOS Y MAS PREMIOS

Cada uno de los principales responsables de una misma película obtuvo el premio mayor por su labor en un importante festival de cine.

1. Marden quiso protagonizar la película en cuanto supo que Tiziani sería su director.
2. Ni Tiziani ni el actor recibieron el premio Palma.
3. El premio Estrella, que se entrega en Berlín, no fue para Benítez.
4. El actor viajó a Málaga en representación de la película y se llevó el premio por su actuación.



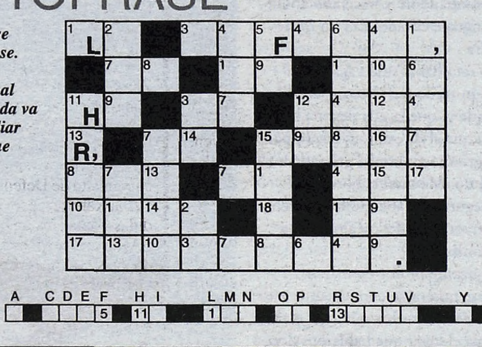
		Cargo: Actor	Cargo: Director	Cargo: Productor	Premio: Estrella	Premio: Lauro	Premio: Palma	Festival: Berlín	Festival: Málaga	Festival: Oslo
Persona	Benítez									
	Marden									
	Tiziani									
Festival	Berlín									
	Málaga									
	Oslo									
Premio	Estrella									
	Lauro									
	Palma									

S.O.S.

Persona	Cargo	Premio	Festival
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

CRIPTOFRASE

En el esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar con las letras que intervienen

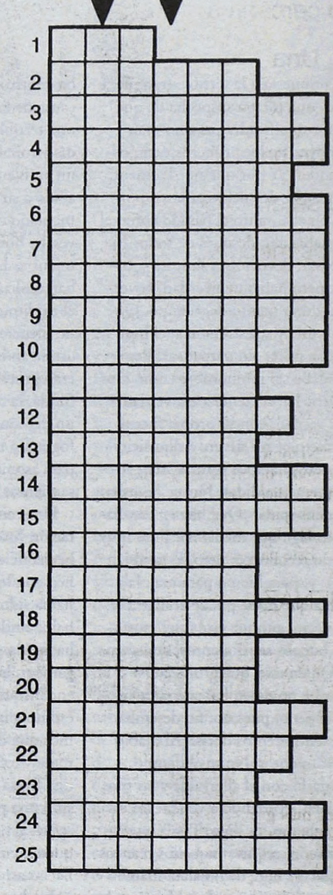


ACROSTICO

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Río que forma límite entre Paraguay y Brasil.
2. Cristal de los anteojos.
3. Parte de la silla.
4. Capaz de pegarse con otra cosa.
5. Hijo del hermano.
6. Persona que hace equilibrios, baila sobre cuerdas o alambres en el aire.
7. Autor de crónicas.
8. Círculo.
9. Dislate, disparate.
10. Fritura rebozada en huevo y pan rallado.
11. Embozo con que se tapa una persona.
12. Lo que está allá.
13. Base de las embarcaciones.
14. Exigir.
15. Gran regocijo.
16. Omisión.
17. Constituir, integrar.
18. Bobería, necedad.
19. Sin ética.
20. Serenidad, juicio, tacto.
21. Figura geométrica.
22. Barniz vítreo.
23. Capital de Portugal.
24. Monumento piramidal, alto.
25. Arbol frutal rosáceo.



SILABAS

A, a, a, a, a, a, ad, al, al, ba, be, bo, bo, boi, bri, cla, co, cro, cro, cró, de, de, del, do, do, don, dro, es, for, he, jo, Lis, lis, lla, llo, lu, mal, mar, mar, men, mo, mo, ne, nis, no, no, o, ol, pa, pal, ple, plo, pu, que, que, qui, ral, re, re, res, ro, rom, sa, si, sim, so, ta, ta, ta, ta, ta, te, ti, vi, vo, za, zo.

SOLUCIONES

PREMIOS Y MAS PREMIOS

Benítez, productor, Palma, Oslo.
Marden, actor, Lauro, Málaga.
Tiziani, director, Estrella, Berlín.

CRIPTOFRASE

"Lo difícil, en la lucha de vivir, es mantener el impulso y la prudencia." Chatenet

ACROSTICO

1. APA/ 2. LUNETA/ 3. RESPALDO/ 4. ADHESIVO/ 5. SOBRINO/ 6. ACROBATA/ 7. CRONISTA/ 8. REDONDEL/ 9. DESATINO/ 10. CROQUETA/ 11. TAPUJO/ 12. AQUELLO/ 13. QUILLA/ 14. RECLAMAR/ 15. ALBOROZO/ 16. OLVIDO/ 17. FORMAR/ 18. SIMPLEZA/ 19. AMORAL/ 20. APLOMO/ 21. ROMBOIDE/ 22. ESMALTE/ 23. LISBOA/ 24. OBELISCO/ 25. ALMENDRO.

"Puedo creer aquello imposible pero no aquello improbable." Gilbert Keith Chesterton.